

LA BIBLIOTECA DE MENÉNDEZ PELAYO

Por ENRIQUE SÁNCHEZ REYES

EN el que algunos conocemos por *el barrio latino de Santander*, a la vera casi del tráfico mercantil de la urbe, pero discretamente escondida detrás de un fuerte muro de casas, está situada la Biblioteca de Menéndez Pelayo.

Un jardinillo con magnolios y laureles oculta la entrada a los profanos, a los no iniciados; un huerto con árboles frutales, rosas y jazmines, lirios y tulipanes, hortensias, camelias, violetas y pensamientos, todas las flores sencillas, humildes y sin complicaciones ni exotismos, las flores familiares de los viejos jardines, perfuma y orea el recinto por la parte opuesta y deja el estudio como navegando en un mar ideal de colores, de esencias, de luz, de silencios rumorosos. *Si bibliothecam cum hortu habest nihil deest.*

El dueño sale en estatua a recibirnos atentamente antes de que piséis el primer peldaño de la doble escalinata y Palas Atenea, la diosa de la sabiduría, preside las labores desde el alto caballete de la techumbre ricamente encristalada.

Enrique Menéndez Pelayo, el primoroso poeta oscurecido por los resplandores del genio de su hermano y tal vez más por su propia humildad, celebró en sus versos este encantado rincón, remanso de quietud y paz que invita a la meditación y al goce de toda belleza.

*«Aquí el tiempo es un amigo
y no hay para qué matarle
como suelen los ociosos
en esas negras ciudades.*

*Pasar se sienten las horas
mas sin que pesen ni cansen,*

*como cisnes por el lago,
como alondras por el aire.»*

Este es el ambiente que, suave y acariciador, baña la Biblioteca. La barriada se llamó antes *La Florida*, y aquí comenzó a florecer y fructificar generosamente el talento precoz de don Marcelino Menéndez Pelayo.

Aquí, sí, en este mismo ambiente, pues, aunque entonces no estuviera construído el edificio de la Biblioteca, su casa —¡qué vergüenza grande para nosotros! aún no es monumento histórico nacional como lo son los de Schiller y Goethe, las de Víctor Hugo y Shakespeare—, la casa de su infancia estudiosa, forja y taller ya por entonces de ciencia y poesía, sólo está separada —digo mal— está unida a éste su hogar espiritual por el pequeño huerto florido de que hemos hablado.

En el comedor de esta casa del Catedrático de Matemáticas del Instituto de Santander, don Marcelino Menéndez Pintado había, y hay en la actualidad, un aparador muy grande de caoba en el que guardaban a porfía, su señora doña Jesusa Pelayo, frutas secas, galletas, queso y viandas de toda clase, y su hijo Marcelinito libros de filosofía, tratados históricos, retóricas y antologías, Horacios y Tibulos, que se deleitaban en golosear más que las pasas y los higos, vecinos del mismo piso.

He aquí el principio de la gran Biblioteca de Menéndez Pelayo. Artigas, su primer bibliotecario, que hizo sus catálogos y publicó el de los preciosos manuscritos que hoy contiene, dió también a la estampa este primer índice bibliográfico escrito por aquel chiquillo de doce años en una cuartilla de papel de cartas:

«Nota de las obras que han ingresado en esta librería durante el año 1868:

1º Bossuet.—Discurso sobre la Historia Universal. Dos tomos. Regalo de don Juan Pelayo.

4º Larousse.—Flores latinae. Edición de lujo. Un tomo. Regalo de don Francisco Ganuza.

6º Fenelón.—*Traité de l'existence de Dieu*. Un tomo. Regalo de don Marcelino Menéndez.

9º Balmes.—*El Criterio*. Un tomo. Diez reales.

12. Goldsmith.—*Historia de Inglaterra*. Cuatro tomos. Regalo de doña Perpetua Menéndez.

15. Hermosilla.—*Arte de hablar en prosa y verso*. Dos tomos. Premio.

19. Biblioteca de Clásicos españoles. Se han recibido los tomos 1º, 2º, 3º, 4º y 5º. Regalo de don Juan Pelayo y don Esteban Aparicio.

20. Catulli, Tibulli et Propertii Opera Omnia. Un tomo. Regalo de don José Posada Herrera.»

Veinte obras en total en treinta y cuatro volúmenes, no sólo repetidamente leídos, sino meditados, y tal vez indeleblemente gravadas muchas de sus páginas en la felicísima memoria del precoz bibliófilo. Claros se ven en esta corta lista de libros los derroteros firmes que tomaba la vocación de aquel chiquillo de quien dijo Amós de Escalante, con aguda y certera frase, que le había apuntado el genio antes que el bozo.

Con las ansias de estudio aumentaban también los libros, invadiendo aquel aparador grande, que llenaba todo un lienzo de pared, pero de capacidad limitada en fin de cuentas. Y el conflicto entre las viandas y aquel almacén de papel impreso tenía que estallar forzosamente. Era una lucha en que cada uno reclamaba su espacio vital, pudiéramos decir en términos muy modernos. Venció doña Jesusa, a quien no se le alcanzaba mucho por entonces sobre aquella «suprema utilidad de la ciencia inútil» que su hijo había de ensalzar tan elocuentemente años después, y se decidió el desahucio de la biblioteca que se la envió a ocupar una habitación dedicada a la plancha.

¡Destierro feliz! Fué como la preparación del caballero que se interna en el bosque a hacer penitencia y pensar en su dama antes de lanzarse al mundo a desfacer entuertos y mostrar la fuerza de su brazo enviando presentes de vencidos a la dueña de sus pensamientos. Aquella habitación estaba en el último piso

de la casa, apartada de todo bullicio y trajín, tenía dos paredes lisas y en las otras dos no había más que una puerta y un balcón frente por frente. Pronto se improvisaron en derredor estantes y llegaron nuevos libros, regalos al joven estudioso o adquiridos con los propios ahorros, para enfilarse en los huecos libres de las tablas hasta cegar por completo el fondo encalado de las cuatro paredes.

La riada de libros no cesaba. Aquel chiquillo era ya estudiante de facultad y desde Barcelona y desde Madrid y después de Licenciado y Doctor y pensionado por el Ayuntamiento y la Diputación de Santander, desde Portugal, desde Italia, Francia y Bélgica llegaban constantemente paquetes y cajones de volúmenes que inundaban por todas partes la casa. El pleito era grave y requirió ya la intervención de la autoridad y la bolsa paternas: Hagamos en el jardín un pabellón para colocar todos estos libros del chico, sentenció el señor Menéndez Pintado; y surgió como por encanto entre los magnolios y las higueras y perales del huerto y ocupando toda la anchura de éste, una larga y ventilada sala de altura suficiente para colocar hasta doce o quince tablas de volúmenes. Esto es la que hoy llamamos sala segunda en la Biblioteca de Menéndez Pelayo.

Indecible gozo causó al joven doctor la sorpresa que su buen padre le había preparado cuando regresó de su viaje al extranjero. Tenía ya una amplia biblioteca, una habitación entre flores y aislada del *mundanal ruido*, podía estudiar a sus anchas y dar rienda suelta a la inspiración que brotaba en su alma enamorada, podía prepararse bien para continuar rompiendo lanzas en defensa de su ultrajada señora *La Ciencia Española* y alternar la ruda labor científica con el solaz de componer dísticos latinos a I. M., su joven y bella vecina con la que tantas veces había soñado allá en las playas laletanas cuando frecuentaba la Cátedra de Milá y Fontanals y la casa de *Lo Gaiter del Llobregat*.

*Mihi dulcis amorum sedes, pulcherrina virgo,
Quae facie praestas venustiore deas,*

*Pedibus alternis digna memorari Tibulli,
Candidior lacte candidaque nive,*

.....

Creo que no nos hemos dado cuenta cabal de la importancia trascendental que para la producción ingente del sabio polígrafo español tuvo la decisión paterna de construirle una Biblioteca junto a su casa de Santander. Aunque Menéndez Pelayo fué siempre muy *montañés* y de ello se precia constantemente, sin este lazo espiritual, sin este ambiente y medios intelectuales, sin estas comodidades para el trabajo que encontraba en su Santander, Madrid le hubiera retenido largas temporadas con daño evidente para sus trabajos de más aliento y envergadura, que están escritos la mayor parte en la paz acogedora de esta Biblioteca. Aquél era el Madrid de sus ocupaciones oficiales, de los editores y las revistas que le acosaban, de los discípulos y amigos que constantemente le asaltaban pidiéndole consejos, dirección o recomendaciones, a Madrid de la vida de sociedad, de las tertulias, de las visitas, de la política, el de los prólogos de compromiso a *poetas discretos, a novelistas correctos y a publicistas que prometen*; allí no se podía emprender una obra seria, de alta investigación, ni continuarla seguidamente enviando cuartillas y más cuartillas a la imprenta.

Las oposiciones a la Cátedra de Historia Crítica de la Literatura Española de la Universidad de Madrid en las que Menéndez Pelayo, joven de veintiún años, lucha con opositores versados en estas lides, con hombres de altura intelectual e influencia como Sánchez Moguel y Canalejas, le proporcionan un resonante triunfo y consagran su fama en toda la nación. Muy pronto las Academias, empezando por la Española, se honrarán llamándole a su seno.

Todo esto se traduce en nuevos medios de adquisición de libros, ya por los recursos que le proporcionan sus tareas oficiales, ya por los de las ofertas que le hacen a porfía y con insistencia agobiadora editores y revistas. Por otra parte los regados bibliográficos que cuando era niño iniciaron su padre, su

tío don Juan Pelayo, su Catedrático de latín, señor Ganuza, el célebre político asturiano señor Posada Herera y tantos otros, se multiplican asombrosamente. Sus paisanos le obsequian con toda la Biblioteca de Clásicos Griegos de Firmin Didot, nuevos amigos y admiradores le hacen otros presentes semejantes, y la mayor parte de los escritores y eruditos españoles de valía, y algunos también del extranjero, empiezan a enviarle ejemplares de cada una de sus publicaciones, a veces en tirada especial de lujo y con dedicatorias en las que le expresan su simpatía, admiración y respeto.

El acude por su cuenta a los puestos de libreros anticuarios en Madrid, Barcelona, Valencia y Sevilla, a la venta de viejas bibliotecas, a los catálogos de librerías extranjeras que anuncian rarezas bibliográficas, y no con mucho dinero, pues entonces el libro español estaba depreciado y fué, precisamente, Menéndez Pelayo, quien con sus estudios lo revalorizó ante el mundo culto, logra magníficas joyas literarias que van camino de su Biblioteca de Santander. Más tarde se enriquece ésta con los legados de libros que dejan al Maestro amigos entrañables como Barbieri, Valmar, Cañete, Mila, Villahermosa y otros.

Fácil es calcular que la previsión paterna al construir en el jardín de su casa aquel pabellón donde guardar los libros del joven doctor se había quedado muy corta. La avalancha de obras, ni aún apilándose por todas partes hasta el techo tenía cabida en aquella sala.

Hubo que construir otras dos más y un depósito en la planta baja que ocupa casi todo el perímetro de la Biblioteca. Al morir Menéndez Pelayo, este segundo edificio encerraba cerca ya de cincuenta mil volúmenes; y estaba nuevamente atestado de libros; sus cálculos se habían quedado también muy cortos.

Si Dios en sus designios inexcrutables le hubiera señalado veinte años más de vida—murió a los cincuenta y seis, en plena madurez de su talento, y llenando su fama todo el mundo—, seguramente la Biblioteca de Menéndez Pelayo hubiera más que duplicado su riqueza bibliográfica, porque con ritmo crecien-

te, de día en día, se aumentaban los medios de adquisición, y los libros, como si se dieran cuenta de que era donde iban a tener mejor destino, se venían casi solos, y por los medios más extraños, a formar fila en los estantes del gran bibliófilo.

Y, a pesar de esto, ¡cuántos afanes y fatigas, cuántas privaciones, le costó reunir esta Biblioteca que él llamaba la única obra de que se encontraba regularmente satisfecho! Una anécdota, poco divulgada, nos dará más exacta idea que cuantos detalles curiosos pudiera yo acumular.

Acababa de llegar de Madrid, una mañana, en el tren correo, Menéndez Pelayo, y sin descansar, sin arreglarse ni abrir su equipaje, pasó inmediatamente a ver su Biblioteca. Allí examinaba, con su hermano Enrique, uno tras otro los últimos libros que habían llegado, haciendo sabrosos comentarios sobre su contenido o sobre las andanzas en que se metió para adquirirlos.

«¡Hay que cuidarlos, Enrique, hay que cuidarlos con mimo, que no se estropeen, me han costado muchos desvelos! Este Palmerín...!»

«Mira, Marcelino, le replica el fino humor de su hermano, hombre pulcro, atildado y frecuentador de la buena sociedad, el que tiene que cuidarse eres tú. ¡Una persona de tu fama y de tu prestigio y que venga con ese traje tan deslucido, tan lustroso y hasta deshilachado en la bocamanga!... ¡Y esas botas, que casi vas sentando el pie en el suelo! No se puede consentir; en cuanto descanses salimos a comprarte calzado y a que te tomen medida para un traje...»

«¡Un traje, sí; un traje y unos zapatos también; eso es! —refunfuñaba don Marcelino acariciando sus volúmenes—, y todos estos libros sin encuadernar!»

Así era el cariño de Menéndez Pelayo a sus libros. «Amaba a Dios sobre todas las cosas, escribió de él su hermano, y al libro como a sí mismo.»

Prefería vestirlos aunque se quedase desnudo.

El 19 de mayo de 1912 moría santamente, en su casa de

Santander, don Marcelino Menéndez Pelayo. Desde el lecho veía su Biblioteca, sus amados libros. «¡Qué pena morir, dicen que exclamó, cuando aún tenía que leer tantas cosas.»

Aquel hombre, que era tal vez el lector más formidable de su siglo, no había logrado saciar las *ansias de saber* que le dominaron desde niño. Sólo al dar el paso definitivo hacia lo eterno, cuando con labios febriles besaban el crucifijo y Cristo le besaba también y en él a la Ciencia Española, como dijo Mella, al abrírsele nueva luz, más luz como pedía Goethe, pero luz que procedía de la Sabiduría Infinita, se verían colmados sus anhelos.

Menéndez Pelayo legó su Biblioteca al excelentísimo Ayuntamiento de Santander en agradecimiento de los favores que, de su pueblo, había recibido; y Santander recogió con cariño este recuerdo y lo guarda con todo respeto. Hoy, a pesar de los furores de la revolución roja, se conserva intacto el rico tesoro.

El edificio se ha enojado por dentro y por fuera: nuevas fachadas con ventanales más amplios, una hermosa vidriera policromada por la que entra luz cenital en la sala de lectura, magnífica estantería de roble; pero, fundamentalmente, es la misma Biblioteca del ilustre hijo de esta tierra, levantada sobre sus mismas paredes y con el mismo perímetro que antes ocupaba. Hay, además, un cuarto pequeño que se ha conservado exactamente como el Maestro le tenía; con su mesa sencilla, su carpeta de hule negro, el sillón de rejilla y madera curvada, la estantería con una pequeña vitrina en la que hay ediciones facsímiles de libros notables, los cuadros con retratos de sus maestros y amigos, colgados en las paredes enyesadas.

En su despacho de trabajo, el taller de que salieron tantas y tantas obras geniales, tal como él lo dejó cuando hubo de cesar en la siembra fecunda de ideas sobre las blancas cuartillas del recio papel de hilo que su pluma nerviosa y veloz necesitaba. Este es un santuario de la Hispanidad al que debieran acudir con veneración todos los buenos españoles; aquí sintió el genio

de Menéndez Pelayo el aleteo de la inspiración; aquí, a punta de pluma, fué alumbrando esos libros científicos y jugosos que se llaman *La Historia de los Heterodoxos Españoles*, la de *Las Ideas Estéticas en España*, los *Orígenes de la Novela*, *Los Estudios sobre el Teatro de Lope*, *Las Antologías de Poetas Líricos y de Poetas Americanos*, su *Horacio*, su *Virgilio*; obras todas en las que no pesa la erudición porque no están trabajadas fría y secamente, porque no se hicieron a base de papeleteo y ordenación de datos, con fórmula y medida, como con receta para fabricar ciencia, que a todo esto se ha llegado hoy, sino que brotaron espontáneas de aquel cerebro portentoso, como Palas de la cabeza de Júpiter, y a su alumbramiento asistieron las Gracias, a quienes él pedía que fueran «compañeras eternas de su vida».

El señor Lomba y Pedraja, que frecuentaba la Biblioteca, nos describió este cuarto de estudios de Menéndez Pelayo: «Le veréis siempre revuelto y en desorden; libros apilados, cuartillas, pruebas de imprenta, cartas, sobres, tarjetas, plumas partidas, tinteros que se desbordan... una leonera intelectual. Tiene su puesto insigne en el mapa literario de España.»

Hasta ahora no he hecho más que la historia y la descripción ligera del estuche que guarda esta joya bibliográfica; pero ¿en qué consiste la riqueza de tal joya? ¿Qué libros tan magníficos se guardan en la Biblioteca de Menéndez Pelayo? Ni en uno ni en varios artículos de revista cabría la contestación. Quien desee tener una noción somera pero exacta, que lea la conferencia pronunciada por Artigas en el Ateneo de Santander en el año 1916 y publicada por esta entidad cultural; que hojee los artículos de los señores Lomba y Pedro Sánchez, que aparecieron en el número homenaje que la revista *Ateneo* dedicó a Menéndez Pelayo el año 1916, y si busca una idea más completa, que repase con atención el catálogo de los manuscritos de esta Biblioteca, publicado por el señor Artigas; pero aquel que desee tener un conocimiento perfecto y a fondo de lo que es y significa la Biblioteca de Menéndez Pelayo para nuestros

estudios humanísticos, históricos, filosóficos y literarios, no tiene más remedio que venir a Santander y frecuentarla durante meses y mejor durante años.

Porque ni descripciones detalladas, ni catálogos minuciosos pueden decirnos con precisión lo que esta Biblioteca encierra. Aquí la mayor parte de los libros tiene su historia, muchas veces romántica y sentimental, y casi nunca falta alguna nota especial que, por un concepto o por otro, los revalore. Este, por ejemplo, es no solamente un magnífico incunable en fina y limpiísima vitela, salido allá en Venecia de las prensas de Aldo Manucio; no es únicamente que esté hecho a expensas de Lorenzo el Magnífico en la fecha tan memorable de 1492, en que se toma Granada y se descubre un Nuevo Mundo, ni tampoco el que sus páginas contengan las sublimes y sutiles disquisiciones de Plotino, filósofo platónico; sino que, además de todo esto, pasó por las regias manos de doña Isabel la Católica, y D. Marcelino lo colocó con todo respeto sobre su cabeza cuando se lo regalaron y lo estrechó contra su pecho; y aquel día ayunó, porque al soberbio infolio se le ocurrió entrar por las puertas de la casa del Maestro en el preciso momento en que éste se sentaba a la mesa para comer.

Este otro volumen ricamente encuadrado es la primera edición de *La Antoniana Margarita*, de Gómez Pereida, cuya posesión satisfacía a su dueño más que si le hubieran proclamado «rey de Celtiberia».

Todos estos manuscritos son autógrafos de Lope, de Quevedo, copias coetáneas de obras notables en nuestra literatura, viejos cronicones o leyendas y poemas del Mester de clerecía. Aquellos otros libros de impresión moderna y, al parecer, corrientes y divulgados, llevan notas de Gallardo, de Valmar, de Barbieri, de Fernández Guerra, de Cañete, de Milá y de otros eruditos de la pasada centuria o son obras con dedicatorias autógrafas en prosa y verso al autor de *La Ciencia Española*.

¡Y qué hemos de decir de todas aquellas otras ediciones que de por sí no tendrían mucho mérito, pero en las que la

mano de nuestro primer crítico literario fué trazando por los márgenes notas y apostillas luminosas, correcciones al texto u observaciones sobre variantes? ¡Cuántos eruditos se han aprovechado —algunas veces sin confesarlo, que es lo más grave— de estas acotaciones, hechas como de pasada por Menéndez Pelayo, para dar originalidad a sus estudios y presentar novedades que no les pertenecen!

En el artículo del señor Lomba, que ya hemos citado, decía este fiel discípulo lo siguiente: «Y esta Biblioteca, rica y selecta, cómoda, silenciosa, inundada de luz, recogida, con todas las excelencias apetecibles, tiene, además (y en eso se aventaja infinitamente a sus similares), un alma viva y propia que habita en ella, un «demonio interior» que la posee... ¡Me habéis comprendido? Veréis en otras bibliotecas que el estudio busca sus libros; aquí, al contrario, los libros se salen ellos mismos de los estantes y se le ponen delante al hombre estudioso. ¡Y aunque él no los conociera, es lo mismo! ¡Y aunque él sospechara de su existencia! Ellos le aciertan lo que desea, se le adelantan, se le ofrecen abiertos por las páginas convenientes. Lo que no halla allí todavía —¡torpes que somos!— tiene el recurso de preguntar. Le contestará una voz conocida... conocida y venerada en España entera.»

Esa voz de que habla el señor Lomba y Pedraja no se ha extinguido aún, no se extinguirá mientras quede en nuestra patria el recuerdo siquiera de todas sus grandezas, de nuestro pasado glorioso; mientras no reneguemos de toda nuestra Historia «y caigamos en la imbecilidad senil», como decían aquellas proféticas palabras sobre el *Centenario de Balmes*.

Y de hecho, esa voz tiene eco y resonancia insospechados aun más allá de nuestras fronteras. Constantemente y de modo especial en los meses estivales, aprovechando los *Cursos para extranjeros* que desde hace ya dieciséis años viene dando la Sociedad de Menéndez Pelayo y hoy los continúa, en íntima colaboración con el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, llegan a Santander hispanistas, profesores y estudian-

tes de apartados países, a trabajar tesis doctorales y a preparar libros de erudición y crítica sobre temas españoles. Pocos nombres se podrán dar de escritores extranjeros que, ocupándose de asuntos referentes a nuestra literatura, no hayan visitado la Biblioteca de Menéndez Pelayo o escrito, por lo menos, cartas haciendo consultas y pidiendo fotocopias de libros y manuscritos.

Yo no puedo recordar sin emoción una mañana de hace años, en que poco después de haber llegado a la Biblioteca, sonó el timbre del teléfono y me anunciaron una conferencia con Bilbao. Al otro lado del hilo estaba el docto hispanista Farinelli, aquel entrañable amigo de Menéndez Pelayo, que escribió de su *disparito amico, scorrenti le lacrime ancora* tan bellas y sentidas páginas: «su voz era como la voz de un pueblo entero, en su corazón estaba el palpitar de millones de corazones, su trabajo era el trabajo de diez Academias juntas».

«Pensaba ir a Santander —me decía en animada charla— para vivir unas horas en el recuerdo íntimo del gran Maestro; quería bañarme de nuevo en el ambiente de esa Biblioteca, volver a recorrer las habitaciones de la casa en que, acogedoramente, me hospedó mi gran amigo; quería soñar ahí un poco y hablar con la sombra de aquel inmenso hombre, pero recibo noticias de mi tierra que me obligan a ponerme inmediatamente en viaje. Y no quiero salir de España sin haber escuchado, por lo menos, una voz amiga desde esa Biblioteca, que no puedo ya visitar. Cuénteme..., dígame...»

Los ocho o diez minutos que duró la conferencia telefónica transcurrieron en este monólogo apasionado y de gran cariño e interés por cuanto se refería a las cosas del insigne escritor español. Y el simpático hispanista italiano preguntaba y se respondía también a sí mismo como para demostrarme lo íntimamente que conocía la vida de la Biblioteca y sus riquezas bibliográficas, que su mismo dueño, repetidamente, le había mostrado.

A decir verdad, esta Biblioteca ha sido utilizada por los

extranjeros aficionados a nuestras letras tanto o más que por nuestros estudiosos. Y es que el nombre de Menéndez Pelayo traspasó muy pronto las fronteras de la patria, y combatiéndole algunos y aplaudiéndole muchos, fué siempre mirado con gran respeto por todo el mundo.

Hasta que la ola roja se apoderó de Santander, vino publicándose con regularidad el *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, dedicado a estudios histórico-literarios relacionados con la obra ingente y varia del Maestro. Esta publicación tenía, no sólo colaboradores en el extranjero, sino muchos suscritores, y era tal vez la revista española que alcanzó más difusión fuera de nuestra patria. El nombre de Menéndez Pelayo iba de uno a otro continente desde la Universidad de Jerusalén a las de América Sajona, desde Hispano-América a los Países Escandinavos, pasando por los principales centros de cultura europeos.

Los tiempos que corremos son duros, las preocupaciones de cada día apartan a muchos de los estudios serios, que requieren reposo y tranquilidad de espíritu, los hilos espirituales que unían al mundo culto están, si no rotos del todo, muy laxos y flojos.

El número de hispanistas que frecuentan la Biblioteca ha descendido considerablemente y el *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* tiene suspendida su publicación; pero no nos desalentamos ni somos pesimistas por ello. La sombra de Menéndez Pelayo vela por sus libros, clama porque vengan los estudiosos a beber en esta fuente del saber castizo español y la voz del Maestro ha sido escuchada en las alturas.

El actual Ministro de Educación Nacional, señor Ibáñez Martín, se ha dado perfecta cuenta de la trascendencia que para la cultura patria tiene el que los españoles sigamos los derroteros de luz trazados por el gran Polígrafo español, y calladamente, pero de modo seguro, se están echando en estas horas los cimientos firmes de un Menéndez-Pelayismo eficaz, no palabrero y de frases huecas tomadas al asalto de libros que ni han sido leídos ni mucho menos meditados como debiéramos.

La publicación de las *Obras Completas de Menéndez Pelayo*

que lleva a cabo el Consejo Superior de Investigaciones Científicas está en marcha y en poco más de dos años han salido ya dos series *Historia de las Ideas Estéticas en España y Estudios y Estudios y Discursos de Crítica Histórica y Literaria* que componen trece volúmenes de apretada lectura y en los que figuran trabajos desconocidos, porque estaban perdidos en revistas y periódicos de la época, y algunos completamente inéditos de los que aún se guardan en la Biblioteca de Menéndez Pelayo.

El Ministerio de Educación Nacional ha adquirido recientemente en el centro de Santander y cerca de la Biblioteca, un antiguo edificio con prestancia de Universidad, en el que se establecerán, además de otros estudios superiores, una Residencia de los Cursos de Verano para Extranjeros y un internado para estudiosos que deseen venir a trabajar en la Biblioteca de Menéndez Pelayo.

Toda esta colección de rarezas bibliográficas, todo este tesoro de libros que Menéndez Pelayo legó a su ciudad natal, si no se ha de convertir algún día en un museo bibliográfico, si ha de continuar siendo venero activo de la erudición española, necesita adquirir constantemente obras modernas, auxiliares necesarios, instrumentos imprescindibles muchas veces para el estudio de los tesoros de la antigüedad y que nos evitan la simpleza, en que fácilmente se incurre por falta de información, de querer abrir sendas nuevas por donde ya han pasado otros y dejaron trazado un camino real.

Para poder adquirir todo ese material moderno, para cuidar del antiguo que hoy guarda la Biblioteca de Menéndez Pelayo, ha de contar, no lo dudamos, con la generosa ayuda del Ministerio de Educación Nacional.

La Biblioteca de Menéndez Pelayo no ha sido explorada aún con la intensidad debida; y es mina riquísima a la que han de acudir principalmente nuestros estudiosos, tomando en esto la delantera a los extranjeros, para ahondar en el conocimiento de la raíz y sustancia de nuestro ser nacional, para dar a conocer bien España a los mismos españoles.